

Edgardo DOBRY, *Contratiempo*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, 2014, 96 pp.

De la trayectoria de Edgardo Dobry, nacido en Rosario en 1962, puede decirse que cubre el territorio de la lírica desde todos sus ángulos: autor de los libros de poesía *Cinética* (Buenos Aires, Tierra Firme, 1999 y Madrid, Dilema, 2004), *El lago de los botes* (Barcelona, Lumen, 2005), *Cosas* (Barcelona, Lumen, 2008) y *Pizza Margarita* (México, Mangos de Hacha, 2011), ha publicado también la muy atractiva colección de ensayos *Orfeo en el quiosco de diarios* (Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2007) que aborda entre otros a los poetas argentinos Alejandra Pizarnik, Arturo Carrera y Daniel Samoilovich pero asimismo a Heinrich Heine (con quien la propia poesía de Dobry tiene más de una conexión), a Luis Cernuda o a Cavafis; y más recientemente el ensayo *Una profecía del pasado. Lugones y la invención del “linaje de Hércules”* (Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2010) a partir de su tesis doctoral acerca de los múltiples aspectos literarios e ideológicos que irradian las famosas conferencias de Lugones reunidas en *El payador* y su incidencia en la “identidad nacional” argentina. A estas publicaciones debemos agregar su no menos importante tarea como traductor de Roberto Calasso y Giorgio Agamben, William Carlos Williams y John Ashbery, su participación en el consejo de dirección de la revista *Diario de poesía*, sus colaboraciones para el diario *El país*, y su enseñanza de teoría de la poesía lírica en la Universidad de Barcelona, ciudad donde vive. Su último libro de poesía, que aquí comentamos, es producto de la beca Guggenheim de apoyo a la creación literaria para el año 2010.

Si ya desde su título *El lago de los botes* (2005) evocaba una atmósfera afectiva ligada a lo espacial, la aventura verbal que Edgardo Dobry nos propone en su último libro se concentra desde el paratexto en el tiempo y sus paradojas. El primer verso no escapa a esta determinación (“Un año largo de algo hoy hace”, 7) y adelanta en buena medida algunas de las figuras y recursos —como el hipébaton, la ironía o la indeterminación— que dominarán a lo largo de este breve —e intenso en la medida de su brevedad— viaje en el tiempo.

“Contratiempo” es pues el significante cargado de posibilidades, la llave que abre puertas insospechadas, o ese primer botón del ascensor que dice “siglo XX” (34); es el tiempo “para atrás” pero también el tiempo en contra de los pequeños problemas cotidianos, de los recuerdos dolorosos, de los desastres desatados por el hombre y de las catástrofes naturales; es además el punto de confluencia de los símbolos que siempre nos acompañan y que se mezclan con los mitos de la vida contemporánea: Isaac le deja una llamada perdida a Ifigenia, alguien busca el número de Dido en la guía telefónica de Túnez, el pollo al horno cocinado con laurel huele sospechosamente a Dafne...

Frente al tiempo, los lugares aparecen consumidos o abstraídos: prevalecen en estos versos deixis que establecen posiciones efímeras y a la larga insignificantes; en cual-

quier caso se trata del espacio de hoy, abolido por la tecnología. Desfilan por cierto algunos nombres, Bilbao, Brasil, Besalú, Barcelona, y más vagamente una “campana de San Pedro” (37), y más vagamente aun paisajes de silos, de islas y deltas, pero son “entidades sin relato”, como ejemplifica cabalmente la deliberada imprecisión espacial del poema de la página 58. El espacio, además, presenta matices ambiguos, ligeramente angustiantes: de la ciudad “se sale sucio” (39), “tierra” es un “nombre sucio para un planeta” (70). El equilibrio entre espacio y tiempo, la mejor proporción posible, se alcanza previsiblemente en el lenguaje, en la “felicidad de los actos verbales” (46). En palabras del autor:

el viaje del poeta y de la historia
se cruzaron en la zona
necrosada de la lengua
cada uno revelado por el otro (23)

Hay, pese a lo apuntado, una inscripción concreta en la historia dada por el espectro posmarxista de lejanos ecos brechtianos en “*Para una Suite de la mercancía no consumida*” (28) y en la consideración del poema como algo que no tiene nada que ver con el espíritu pues “el poema es una plusvalía, / aspiración que no prescribe” (23). El tiempo mismo aparece entreverado con el dinero, como en el caso de los zuriqueses y sus caros relojes, que “saben de siempre la proporción de tiempo/ y plata” (54). Del dinero se nos da además una lección sobre sus tres estados: “líquido el billete,/sólido el oro,/ gaseosa la burbuja/ -que hiede y explotó” (45).

Más allá de los sutiles juegos de desequilibrio del cronotopo, el poemario despliega con parejo protagonismo al menos tres series evidentes, entre múltiples matices que entretejen otras tal vez ya en la atención más enfocada de ulteriores relecturas: un plano mitológico en convivencia risueña con nuestro presente, un arte poética de construcción paulatina y dispersa y por último, en el nivel del significante, unos lúdicos y aliterativos juegos de homfonías que remiten a la comentada felicidad de los actos verbales y que, pese al invocado Austin, tienen más de *procédé à la Raymond Roussel* que las adustas constataciones de la pragmática. Las tres series se entrecruzan y combinan de manera constante, como en el poema de la página 20, del que transcribo un par de estrofas:

Exceles de historia universal:
llamada de Isaac a Ifigenia perdida
 (“contesta por favor, ¡pero contesta!”),
cuánto sacrificio en ese amor,

decoración del tocador de Paris,
nota en la heladera de Faetonte
a su papá: “me llevo

el auto”, prehistoria de Cleo
patra narcotizada de perla en el vinagre
disuelta, Baruch —como óptico—
y Polifemo sinóptico.
Edipo
que tuviste

un ojo de más y ahora ninguno,
alabado seas, Nadie.

El humor, efecto fulgurante de la serie mitológica, se potencia con los hallazgos de las homofonías y sus chistes culturales, que agregan al repertorio grecolatino figuras no menos míticas de lo que podríamos llamar con cierta ironía el “patrimonio occidental”, de Leibniz a Kant, pasando por Cervantes y Newton. Si la colocación de personajes épicos en contextos contemporáneos responde al humorismo del travestimiento burlesco que surge en el barroco francés con Scarron y que conocemos sobre todo gracias a las famosas operetas de Offenbach, la cadencia peculiar de filigranas míticas parece aquí contagiada más bien de la cercanía que adopta este tipo de personajes en *Las bodas de Cadmo y Harmonía* de Roberto Calasso, a quien, como ya se comentó, Dobry ha traducido.

En estas estrofas encontramos también el uso distintivo del hipérbaton, ostensibles encabalgamientos y todo complicado a su vez por la longitud tortuosa de la frase en una suerte de encadenamiento lógico e icónico salteado, característico de casi todos los poemas largos de la colección: una sintaxis fragmentada que acompaña conceptual y gráficamente la experiencia que pretende transmitir.

La imagen privilegiada del ojo presente/ausente se plantea en una red asociativa recurrente en la que el sol con sus connotaciones filamentosas (27, 30) e incandescentes (9, 20) está —como en la *Fedra* de Racine— en todas partes y lo ve todo. Hay pequeños ojos negros en la rodaja de un kiwi, y ruedan en el espacio los planetas, “mostacillas en asueto” (42). La tierra representa posiblemente la contrapartida de lo bajo material: de ella se destacan los aspectos minerales, las erupciones, los gases, fermentos y musgos; como ya vimos, se menciona repetidamente su suciedad. Pese a todo ello “Avanzamos: el planeta gira todavía/ tiene un motor alemán” (49).

En el tono general más bien humorístico puede sorprender la irrupción de momentos de autoconciencia escrituraria, pero el pasaje de una serie a la otra se produce de manera tan espontánea que no se advierte un desnivel en la voz ni se tiene la sensación

de que los momentos metapoéticos sean exabruptos didácticos o injertos ajenos al ritmo total. Se nos dice en estos poemas más reflexivos que todo lo que toca la mirada del poeta se enriquece pese a que él está cada vez más pobre, que el destino del poeta es una sinécdoque en el que este recibe la parte por el todo, que el universo es un poema de una sola línea, que el sentido no debe negar los sentidos, que la verdad es amable pero ilegible, que en muchas cosas los poetas mienten: los cisnes del lago de Zúrich resultan ser tan mundanos como patos.

Es inevitable una leve melancolía del poeta ya que, como le reprochan, “pero papi [...] ¡Vivís en un mundo taan antiguo!” (62). Los poemas, en efecto, se debaten entre el himno y la elegía, mientras reflexionan con humor sobre nuestro presente de catástrofes y sobre el plano atemporal del lenguaje y sus convenciones más o menos huecas que el poeta tiene la tarea heroica de motivar.

El trabajo sobre el nivel del significante es por ello la característica más llamativa de estos poemas. Dobry muestra una tendencia a purificar las palabras de hojarasca prepositivas (tumecidos, solver), a eliminar artículos y pronombres, a utilizar “palabras de diccionario” (umbrátil, píceo, ecuóreo) no en mero exhibicionismo lugoniano sino en lúcida interacción de los distintos registros de la lengua. La operación más frecuente es la descomposición de algún nombre propio en una frase más o menos absurda despertada por asociación (Cervantes = cerveza sin conservantes, Platón = plato de latón) aunque abundan los juegos aliterativos (“capitel de capitales/capital de los tapiales”, 50; “sales minerales contra males siderales”, 62) si bien el humor puede producirse también por simple redistribución de palabras, como en esta notable estrofa:

Y a la noche a los chicos les decías:
pónganse el pijama, lávense los dientes;
y a la mañana a los abuelos les decías:
pónganse los dientes, lávense el pijama (38).

De este modo, la experiencia cotidiana aparece ligada inextricablemente a un uso de la lengua que oscila entre el goce voluptuoso de sus riquezas y la constatación lacónica de diversas evidencias de la realidad pasada, presente o sideral. De esta ecuación, empero, sale ganando la fase afirmativa, porque la poesía, al fin y al cabo, es el mejor talismán que tenemos contra lo banal, pero sobre todo el mejor talismán que tenemos contra el tiempo.

Mariano GARCÍA